

PILAR ROMEU

Memorias de Macedonia

Reflexiones a propósito de la presentación del libro *Morada de mis antepasados. Una historia sefardí: De Monastir a Temuco* de Moisés Hasson (Barcelona: Tirocinio, 2009).



ES DIFÍCIL DESLINDAR mi amalgama de intereses a la hora de escribir estas líneas, pues amén de mi labor como editora de estas memorias de Moisés Hasson, mi personal curiosidad y el hecho de llevar ya varios años colaborando con un proyecto de investigación que, entre otras, tiene como meta el estudio de las memorias y novelas autobiográficas escritas por sefardíes¹, me permite analizarlas con el desapego del investigador, aunque no siempre resulta fácil. Con todo, son ya varios los artículos que he ido entregando a *RAÍCES* con las miras puestas en la divulgación de una temática paradójicamente no muy acreditada en Sefarad, la primigenia patria de los sefardíes.

LA ACTUAL República de Macedonia, pequeño país balcánico objeto de interminables disputas políticas hoy, es una de las estrellas de mi circunloquio. Allí recalaron durante la primera mitad del siglo XVI los exiliados judíos provenientes de la Península Ibérica a través de la zona costera o de la ciudad de Salónica, y allí existe una ciudad llamada Monastir (actualmente Bitola, nombrada Bitolj por los serbo-croatas), así denominada por el Imperio Otomano y que los judíos oriundos de la ciudad siempre designaron como tal, aún después de cambiar de nombre por razones políticas.

Moisés Hasson nació en Temuco (Chile) en 1959 y es el cuarto hijo (de los seis) de la pareja compuesta por León Hasson y Matilde Camhi, también nacidos en Chile pero de padres oriundos de Macedonia. Moisés pertenece a la segunda generación de los descendientes de los pioneros sefardíes que dejaron atrás sus familias en esa convulsa región para emigrar en busca de la paz, el trabajo y la libertad ya desde finales del siglo XIX. Las razones para emigrar eran múltiples, pero fueron consecuencia de las políticas de guerra en gran medida.

El Imperio Otomano dominó en Macedonia hasta fines de siglo XIX. Entre 1880 y 1912, la Macedonia eslava fue objeto de disputa entre Bulgaria y Serbia, quedando bajo soberanía de Serbia en 1912. Así se mantuvo tras concluir la Primera Guerra Mundial, cuando se formó Yugoslavia.